

COM ESTA EDICION

SED
SOCIETY OF EDITORS
DE CHILE



La economía chilena:
hoy y mañana

año XI - N° 232 - del 20 al 26 de junio 1988
\$ 300 - recargo aéreo \$ 20

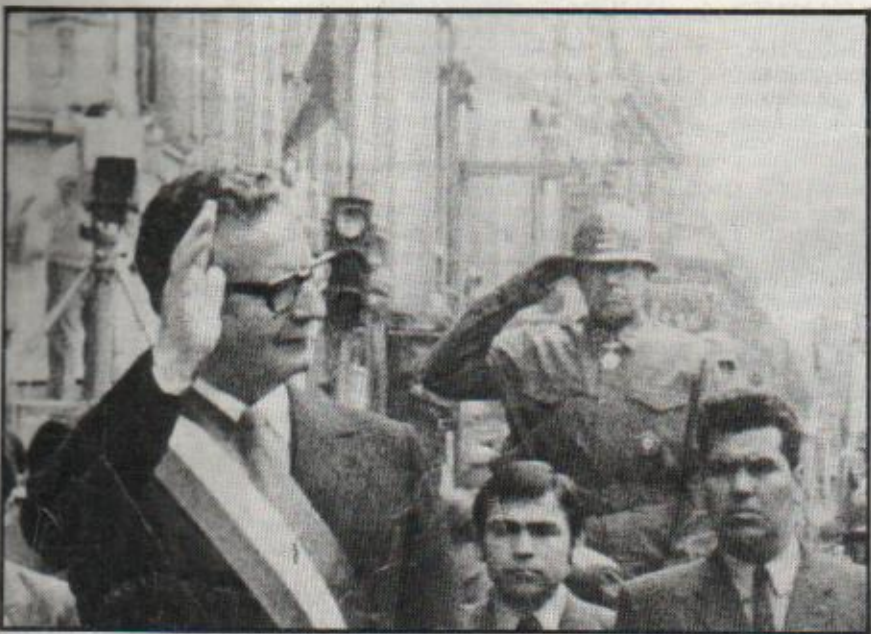
Actualidad



TESTIMONIOS

**Así
era**

Allende



**A 80 AÑOS DE SU
NATALICIO, AMIGOS
Y COLABORADORES
HABLAN DE LA
PERSONALIDAD
DEL PRESIDENTE**



Puede resultar imposible. Porque Salvador Allende Gossens —el que fuera el Presidente Constitucional de Chile hasta el 11 de septiembre de 1973— fue un político, y como tal está confundido con la historia política de Chile. Cada una de sus acciones, de sus afanes y desvelos estuvieron ligados al destino de este pueblo al que amó entrañablemente, por el que luchó convencido de sacarlo de su miseria y abandono, un pueblo en el que pensó hasta en la hora de su muerte. Y es mucho lo que se ha escrito y dicho respecto al Salvador Allende político, sobre el hombre de origen burgués que adoptó la causa de los proletarios como propia, el estadista cuyo pensamiento se tradujo en acciones más que en tratados teóricos, el líder consecuente hasta el minuto final.

También es demasiado, quizás, lo que se ha escrito sobre su muerte. Aun cuando nadie podría desconocer la trascendencia de aquel acto de entrega, ANALISIS ha querido recordar en esta ocasión, con motivo de conmemorarse en los próximos días un nuevo aniversario de su nacimiento, que Salvador Allende amó por sobre todas las cosas, la vida. Y que fue un hombre de carne y hueso, con virtudes y defectos, con grandezas y flaquezas, lleno de arrojo y preso también de infantiles temores, tan profundamente humano como para hacerse parte de su gente y para entender a cabalidad sus necesidades. A través de la memoria de quienes fueron amigos y colaboradores se encuentran los rasgos más característicos de la personalidad de Salvador Allende, y es justamente mediante anécdotas y episodios aparentemente frívolos o sin trascendencia que se confirma su grandeza en la hora decisiva.

EL "PIJE" ALLENDE

Salvador Allende fue en realidad el quinto hijo del matrimonio formado por el abogado Salvador Allende Castro y doña Laura Gossens Uribe. Sin embargo, los dos hijos mayores murieron siendo niños. El 26 de junio de 1908 vino al mundo en Valparaíso Salvador Allende Gossens, después de Alfredo e Inés. Dos años más tarde nació Laura, la hermana menor a la que Salvador profesó un especial cariño. El abuelo paterno, Ramón Allende Padín, influyó notablemente en la vida de quien llegaría más tarde a ser Presidente de la República de Chile y que, tal como el abuelo, fue médico y masón.

Era pequeño cuando la familia se trasladó a vivir a Tacna, todavía en manos chilenas, y allí permanecieron hasta 1916. Algún tiempo en Iquique, luego Valdivia y en 1920 nuevamente Valpa-

La familia reunida. Allende, su esposa, sus hijas y sus nietos.



Nunca olvidaba a sus amigos. Aquí junto de toda la vida: la "Mama Rosa".

← En la Casa del Pueblo en el año 1952.

Cuando ya era Presidente, en una visita a Puerto Williams, junto al almirante Montero. Detrás Osvaldo Puccio y el comandante Araya Peeters.

ASI ERA ALLENDE

- **A 80 años de su natalicio, amigos y colaboradores hablan de la personalidad del ex Presidente en la intimidad.**

raíso, ciudad en la que Salvador Allende inició sus estudios secundarios. Es en su época de adolescente cuando la relación con su abuelo se hace más estrecha, así como la amistad con un viejo zapatero anarquista, Juan Demarchi. Con este último tenía largas conversaciones y extensas partidas de ajedrez después de las horas de clases. La presencia de estos ancianos, su abuelo y el anarquista Demarchi, fueron influencias fundamentales para las inquietudes sociales de Allende.

Pero el joven Salvador Allende se crió en una familia de clase media acomodada, de gustos refinados y buen pasar. Y su preocupación e identificación con los sectores desposeídos y marginados y su rebeldía ante la injusticia no significaron nunca que dejara de lado aquellos modales y costumbres adquiridos en el hogar. Gestos elegantes y buen vestir eran características que le merecieron entre sus amistades y luego entre sus camaradas de partido el apodo de "el pije Allende".

Después de hacer el servicio militar en el Regimiento Coraceros de Viña del Mar, ingresó a la Facultad de Medicina de Santiago, en 1926. Al año siguiente ya era presidente del Centro de Alumnos y en 1928 estaba enfrascado junto a sus compañeros en la lucha contra el gobierno de Ibáñez. De sus viajes a la casa familiar, en esa época viviendo en Viña del Mar, tiene recuerdos Olga Corssen, quien mantuvo una larga amistad con la familia Allende y acostumbraba pasar temporadas en la residencia viñamarina. "Ya en esos años nos decía que iba a ser Presidente de Chile. Parece

increíble, pero es verdad y aunque con su sentido del humor lo decía medio en broma, en el fondo había una decisión real", dice doña Olga, quien agrega: "El siempre estaba haciendo bromas, especialmente a mí, que caía en sus tomadas de pelo. Además, como era muy pretencioso y nosotras, sus hermanas y yo, rabiábamos por eso, Salvador disfrutaba molestándonos. Era muchacho cuando llegaba a la casa y preguntaba: '¿Me ha llamado alguna de mis mujeres?', entonces yo volaba de indignación", dice riendo doña Olga.

Cuando en 1932 se recibió de médico se trasladó a Valparaíso y trabajó en la consulta de su cuñado Eduardo Grove, casado con su hermana Inés. Al año siguiente participó en la fundación del Partido Socialista y fue el primer Secretario del Regional Valparaíso. La política ya lo había conquistado y su tiempo y mayor dedicación estaban dirigidas hacia ese terreno. A poco de fundado el Partido Socialista lo conoció la ex diputada Carmen Lazo, a principios de 1934. "Era un pije, como se decía en Chile, peinado al lado, engominado y con unos anteojos con marco de oro muy bonitos. A mí, que tenía catorce años y estaba en la reunión del Partido como delegada de la seccional El Tofo, me impresionó mucho y nos hicimos amigos casi de inmediato. Me toco sentarme al lado de él y escuchamos una larga cuenta de varios dirigentes; entonces me dijo: 'Morena, ¿qué le parece, no encuentra un poco larga esta cuenta?'. Le respondí que sí y él me contestó: '¿Usted acepta que yo le explique cómo se debe dar una cuenta?', y me enseñó paso por paso

cómo debía hacerse", recuerda Carmen Lazo.

Su interés por la gente más joven se manifestó a lo largo de su vida en diferentes oportunidades, como lo señala Osvaldo Puccio —quien fue su secretario privado durante 23 años— en su libro "Un Cuarto de Siglo con Allende". Era el año 1950 y Puccio tenía 18 años. "Allende me planteó que él buscaba jóvenes para la vieja lucha de los explotados contra los explotadores, para la lucha contra aquellos que usufructúan del trabajo de los demás, para la lucha de aquellos que dan su vida y su trabajo para el bienestar de unos pocos", señala Puccio. Similar recuerdo hace Carlos "Negro" Jorquera, quien lo conoció en la misma época: "Allende siempre estuvo interesado en la gente joven, gente que podía sucederlo en la causa tomando el testimonio histórico. No se fijó en mí para eso, pero sí en José Tohá, de quien yo era amigo. A través de Tohá conocí a Allende cuando éramos estudiantes y estábamos en la Federación" dice, y agrega un episodio relacionado con el interés de Salvador Allende por los jóvenes: "Ya era Presidente y sentía especial afecto y simpatía por Carlos Lorca, quien fue secretario general de la Juventud Socialista. A nosotros nos llamaba la atención esto porque Lorca era de un carácter muy distinto, era un joven muy serio y algo retraído. Una vez vi una foto del abuelo, Ramón Allende Padín, y me expliqué la razón. Si uno le sacaba la gran barba a la foto era ver a Carlos Lorca. Al Presidente Allende le gustó mucho que yo me hubiera dado cuenta del gran parecido de Lorca con su abuelo, a quien él había querido entrañablemente", recuerda Jorquera.

En el año 1935 Salvador Allende fue relegado a Caldera y allá se empapó de los problemas de los mineros y pescadores de la zona. No era la primera vez que lo relegaban. En 1930, siendo estudiante, lo habían relegado al Norte Chico y sólo pudo volver a Valparaíso para el entierro de su padre. Fue frente a su tumba que juró dedicarse por entero a conseguir un país más justo y libre. En 1937 fue elegido diputado por Valparaíso y era frecuente que viajara a Santiago, recuerda Carlos Briones, quien fuera Ministro del Interior durante el Gobierno de la Unidad Popular. "Yo era estudiante de Derecho y teníamos un departamento en la Galería Alessandri. Allí compartían una pieza Salvador y su hermano Alfredo, que era abogado. Claro que nosotros éramos más jóvenes, muy ideologizados y no siempre compartíamos con Salvador las mismas ideas. Sin embargo, tuvimos una relación humana muy rica", dijo a ANALISIS el ex Ministro.



Allende junto a dos hombres en los que depositó su confianza en distintas etapas de su vida y que no le fallaron: el general Prats y José Tohá.

Salvador Allende en 1945. Ese año fue elegido senador por la novena circunscripción.

EL MIEDO A LOS TEMBLORES

Jefe de la campaña electoral de Pedro Aguirre Cerda, Allende renuncia a su diputación y es nombrado Ministro de Salud a los 30 años de edad. Al año siguiente conoce a quien sería su esposa por más de 30 años: Hortensia Bussi. Otro gran socialista, Manuel Mandujano, recuerda aquel encuentro del que fue artífice sin proponérselo. "Éramos amigos del Partido con Salvador y yo por mi parte era muy amigo de la Tencha. Ella estudiaba Historia en el Pedagógico", recuerda Mandujano, quien agrega: "Fue la noche del terremoto de Chillán, en 1939. Yo estaba en el cine con la Tencha cuando empezó el temblor. Arrancamos y afuera estaban los masones que habían arrancado de su local que estaba al lado del cine. Entre ellos estaba Salvador, le presenté a la Tencha y él, que le tenía terror a los temblores, nos convidó a pasar el susto a un café de la calle Tenderini. Hablaron muy largo y Salvador estaba muy impresionado porque la Tencha era una mujer preciosa", señala Mandujano. Esos años también los recuerda Olga Corssen: "El siempre fue muy galante con las mujeres, tenía la característica de hacerlas sentir bien, a todas, jóvenes, viejas, feas o bonitas. Claro que yo era como otra hermana más y conmigo siempre estaba bromeando. Recuerdo que iba caminando por la calle Moneda cuando lo vi venir en sentido contrario con una muchacha muy bonita, la Tencha. Entonces nos presenta de la siguiente manera: 'Una mujer que me admira... otra mujer que me admira'. Siempre nos reímos con Tencha cuando nos acordamos de eso", dice Olga Corssen.

El proverbial pánico que sentía Allende por los temblores es recordado por todos sus amigos. Simplemente perdía la cabeza cuando empezaba a temblar y sólo pensaba en correr. Varios recuerdan la oportunidad en que durante un temblor salió corriendo desnudo desde la ducha, en la casa de calle Guardia Vieja. "Le tiraron una toalla desde el segundo piso", recuerda Olga Corssen. Moy de Tohá también conserva nítido el recuerdo del terremoto de 1971, cuando a los pocos minutos de acabado el sismo, Salvador Allende se estaba dirigiendo por cadena a todo el país, infundiendo calma y tranquilidad. "Cómo no nos íbamos a impresionar al verlo pedir calma, si todos sabíamos que lo más probable es que él todavía estuviera temblando. Ahora con los años he logrado valorar más todavía ese gesto, porque logró pensar en los demás antes que en su propio miedo. El era así, se sentía responsable y asumía el papel tranquilizador de protección a su familia, a sus

amigos, a su país", recuerda Moy de Tohá.

Ese rasgo era una de las características más relevantes de la personalidad de Salvador Allende: asumir las situaciones difíciles y remontar con buen ánimo incluso las derrotas. Perseverante e inagotable en el trabajo, después de las campañas presidenciales del 52, el 58 y el 64, en las que salió derrotado, empezó a trabajar al día siguiente para la próxima ocasión. Su sentido del humor también se manifestaba en esas ocasiones, como recuerda Olga Corssen: "Al día siguiente de una de las elecciones, ya no me acuerdo cuál, salió de su casa de Guardia Vieja en su auto y había un grupo de niños jugando en la calle. Uno de los chicos de la pandilla paró el auto manejado por el Chicho y le dice: 'Dígame, doctor, ¿cómo en un auto tan chico puede sentarse con una cola tan larga?'. Después él se reía a gritos de la audacia del chiquillo". Manuel Mandujano se acuerda del día en que Allende asumió la Presidencia y subieron a La Moneda a



"Los ojos más lindos de Chile". Su esposa Hortensia Bussi.

saludarlo: "Estaba arriba en un salón y en ese momento aparece una compañera del partido, ¡bien vieja! y ella le dice: 'Compañero, usted no sabe lo que me ha costado llegar hasta aquí para darle un abrazo, más de dos horas'. Entonces Allende le respondió: 'Imagínese, compañera, a mí me costó más de quince años'.

Sin embargo, su gusto por las bromas no significaba que no fuera tremendamente exigente en el trabajo. "Empezaba a funcionar a las siete de la mañana y no paraba en todo el día. El podía

dormir sólo quince minutos y reponerse para seguir trabajando a un ritmo increíble. La verdad es que era muy difícil seguirle el paso, a pesar de que nosotros éramos más jóvenes", indica Carmen Lazo. Todos coinciden en que trabajar con él significaba casi siempre terminar muy agotado, especialmente porque exigía puntualidad y podía ser muy duro con quienes no cumplían. "Cuando se enojaba no era hombre de pataletas ni gritos, pero las 'allendadas' como le decíamos nosotros podían ser terribles. Era hiriente y podía hacer sentir muy mal a alguien", dice Carlos Jorquera. Esa característica de sus ojos son compartidas por quienes conversaron con ANALISIS. "Podía ser tremendamente duro, bastaba que pusiera ese tono distante y le dijera a alguien 'usted es un mediocre' para que lo destruyera más que mil insultos", dice Moy de Tohá.

AMIGO DE SUS AMIGOS

Ese hombre que contaba con una capacidad física e intelectual difícil de emular para quienes eran sus colaboradores, exigente, tenaz, perseverante y muy duro a veces, podía ser afectuoso hasta lo inimaginable con sus amigos, su familia o la gente del pueblo que conocía a lo largo de sus interminables giras por el país. Carmen Lazo cuenta que los viejos le despertaban ternura y era común que cuando aún vivía Elías Laferte, Allende se preocupara de comprarle un jockey nuevo o un par de guantes. "Incluso lo arrojaba antes de dormirse", dice Carmen Lazo, agregando: "Con mi padre también. Siempre lo visitaba y cuando ya era Presidente, la última vez que lo visitó se sacó el chaleco que tenía puesto y se lo dejó a mi papá. Mi padre murió de pena después del Golpe, cuando yo estaba en la Embajada de Colombia. Allí supe que lo habían sepultado con el chaleco que le había regalado Allende".

La preocupación por sus amigos era personal e incluso siendo Presidente del Senado o Primer Mandatario del país nunca dejó de acudir cuando alguno estaba en dificultades. "El Chicho era generoso con sus amigos", cuenta Olga Corssen; "yo trabajaba en lo que hoy es el Banco del Estado —antes Caja de Ahorro— y él me iba a ver bien seguido porque siempre había servido de aval a alguien que no podía pagar. 'Es que este compañero está muy mal', decía, 'pero arregla todo porque yo voy a pagar las cuotas. No se lo cuentes a la Tencha por favor, que después me reta'. Siempre había alguien, cuando no era un compañero de su partido, era un zapatero que tenía la madre enferma", recuerda Olga Corssen. Moy de Tohá no olvida la época en que a su marido, José Tohá, le dio

tifus: "El propio Salvador Allende dirigió los exámenes. Apenas lo vio dijo 'es tifus' y se preocupó de que estuviera bien atendido y que cada examen se hiciera como correspondía, aunque él no ejercía hacía muchos años. Estuvo permanentemente preocupado", recuerda la viuda de Tohá. Carmen Lazo también mantiene en la memoria los años en que Salvador Allende era senador y se hacía tiempo para acompañarla en su auto a recorrer todas las farmacias de Santiago: "Mi madre tenía cáncer y sufría grandes dolores. Entonces él recorría las farmacias conmigo buscando el calmante, que era muy escaso", cuenta la ex diputada.

Uno de los dolores más grandes de Salvador Allende se produjo a raíz de la muerte de un amigo: su edecán naval, el comandante Araya Peeters. "Me impactó su pena. Allende estaba totalmente destruido, nunca lo vi así de nuevo. Participó en la operación, luego estuvo personalmente en la autopsia, no durmió en toda la noche y tenía los ojos enrojecidos", relata Moy de Tohá.

Allende tenía amigos de toda la vida. La mayor parte de sus amistades, los íntimos, eran de muchos años y los lazos se mantenían por sobre diferencias políticas o ideológicas. "Cuando yo era liberal nunca me pidió que cambiara de idea, era muy respetuoso de la amistad. Ni siquiera me pidió nunca que votara por él. Sólo para la elección del 70 me pidió que si no votaba por él, al menos no trabajara en su contra", recuerda Olga Corssen. Lo mismo recuerda Carlos Jorquera: "Fui su colaborador, amigo de muchos años y él sabía que yo no compartía muchas de sus posturas políticas. Pero jamás me pidió que entrara a militar a su partido, ni al 'Perro' Olivares ni a mí". Por eso es que al elegir a sus colaboradores tenía la capacidad de escuchar consejos de las personas entendidas. "Si le decían que la persona más apropiada para un cargo era fulanito, él reconocía las cualidades de esa persona aun cuando no fuera su amigo e incluso teniendo diferencias, y lo nombraba", recuerda Jorquera.

Justamente porque sus amistades estaban por sobre las coincidencias personales es que era difícil que se enojara con un amigo. Carmen Lazo recuerda, sin embargo, una ocasión en que discutieron muy fuerte. "Íbamos en el 'Tren de la Victoria', en plena campaña presidencial, y la autoridad a cargo del tren era Osvaldo Puccio. Yo hablé en un pueblo donde el tren se detuvo y a los tres minutos sentí unas pataditas que me pegaba Salvador en los tobillos para que cortara. Después él hizo su gran discurso. Entonces yo me enojé y peleamos muy fuerte. Salvador le dijo a Osvaldo Puccio: 'Dígale a esa señora que se baje en la próxima estación'. Entonces Puccio



En una de sus tantas giras por el país. Le gustaba estar junto al pueblo.

le contestó: 'Ah, no, yo no me meto en peleas de casados y tampoco en peleas de amigos. Dígaselo usted'. Por supuesto que no me dijo nada y después nos pusimos en la buena", relata riendo Carmen Lazo.

ESTO ME LO LLEVO

Gran conversador, tenía el encanto que lo hacía atractivo a las mujeres, especialmente porque Allende siempre tenía la palabra justa para que todas —jóvenes o mayorcitas— se sintieran en las nubes. "No se trata de que fuera el piropero común y corriente. El era ele-

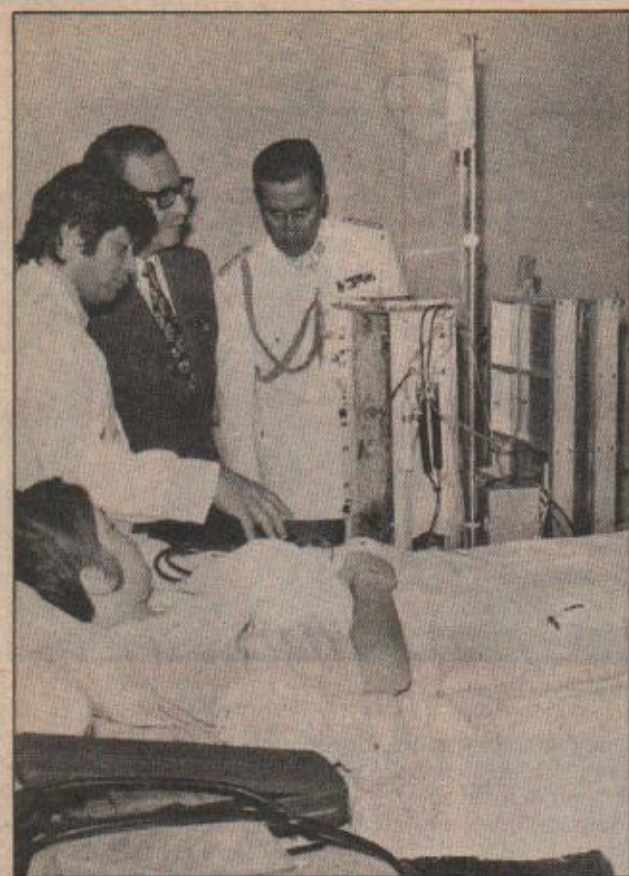


Le gustaba disfrutar a su familia. Aquí con dos de sus nietos.

gante, distinguido para los halagos. En mi caso, por ejemplo, conocía mis esfuerzos por cocinar bien y siempre que se proyectaba alguna comida o reunión decía: 'Que Moy lleve ese flan en masa que prepara, es exquisito'. Yo no estoy segura de que realmente le gustara tanto mi flan, pero me hacía sentir regio cuando lo decía", recuerda la viuda de Tohá. Con su esposa también se preocupaba de los detalles, incluso cuando ya llevaban muchos años casados y la cercanía podía no ser la misma. "Es que por la Tencha siempre sintió un respeto y un afecto muy grande, incluso aunque tuvieran caracteres distintos. Me acuerdo que le decía muy ceremonioso: 'Ese vestido nuevo le queda muy bien, señora Allende' o 'qué bien le queda ese peinado, señora Allende'. Era un poco al estilo antiguo para tratar a las mujeres" dice la señora Corssen.

Carmen Lazo recuerda una oportunidad en que, sentado frente a Hortensia Bussi, la mira y dice: "Acabo de ver los ojos más lindos de Chile". Su esposa se dio por aludida, por supuesto, pero como Allende era un bromista incansable agregó riendo: "... en el Portal Fernández Concha".

Su afición a las bromas las reservaba sólo para aquellos con quienes tenía mucha confianza. Era común que cuando veía una prenda de vestir o un objeto que le gustara en casa de alguna de sus amistades simplemente lo tomara y dijera: "Qué bien me queda, me lo llevo". Manuel Mandujano ríe cuando se acuerda de la época en que eran jóvenes y Allende le pidió un impermeable nuevo. "Un amigo me lo había traído de Londres. Allende me dijo: 'Préstamelo



De visita en un hospital. A su lado el general Badiola, cuando era su edecán.

para ir a Magallanes'. Pasó mucho tiempo y yo le pregunté: '¿Todavía no vas a Magallanes?'. El, muy suelto de cuerpo, me respondió: '¿Por qué?'. 'Por mi impermeable', le dije. 'Te lo voy a mandar a la tintorería', me respondió. '¿Todavía estoy esperando?', señala Mandujano. Moy de Tohá recuerda los esfuerzos que debía hacer para salvar algunos caquis del árbol que había en su casa. "A él le encantaban los caquis, entonces cuando calculaba que ya estaban maduros mandaba a dos guardias o juniors, con una escalera y un canasto, que me decían: "Venimos de parte del Presidente a buscar los caquis". Yo les respondía que se podían llevar algunos, pero me insistían en que el Presidente había dicho todos, así es que se los llevaban. Muchas veces también tuve que rescatar de su auto una silla mecedora muy antigua que habíamos comprado con José cuando recién nos casamos. Decían que era de la familia Carrera y a Allende le encantaba, entonces cada vez que iba de visita, arrastraba la silla por el pasillo y trataba de meterla en su auto".

Una de las personas que más sufrió estas "expropiaciones amistosas" fue Darío Saint Marie, entonces dueño del diario "El Clarín". "Recuerdo que una vez pasé a buscar a Salvador y le dije: 'Pero hombre, qué sombrero más feo, con esas plumitas'. El me respondió: 'Cállate, Negra, ¡si recién se lo quité a Darío Saint Marie!', cuenta Carmen

Lazo. También a Darío Saint Marie le pidió una fina alfombra y dos armaduras medioevales que éste tenía en su casa del Cajón del Maipo. "Como Saint Marie no quería dárselas, recuerda Moy de Tohá, él le dijo: 'Mire, Darío, esto debe estar en la Casa de los Presidentes, en Tomás Moro. Pero apenas termine mi período yo le prometo que se las devuelvo'. Fueron inútiles las protestas de Saint Marie porque igual las armaduras y la alfombra estaban instaladas en Tomás Moro". Claro está que no sólo él se llevaba las cosas de los amigos. "Yo le llevaba sus corbatas, tengo varias corbatas de Allende", cuenta Carlos Briones.

Así como pedía, regalaba. "Un día estaban preparando un discurso en nuestro departamento. Mientras José escribía, Salvador se paseaba inquieto hasta que de pronto me toma el brazo y me dice: 'Vamos, señora, tenemos que salir'. Me llevó a su casa de Guardia Vieja y me dijo: 'No puede ser que en la casa de ustedes las paredes no tengan ningún cuadro. Vamos, elija el que más le guste, pero que sea grande'. Elegí uno de Alegría que conservo hasta hoy", relata Moy de Tohá.

Con una gran memoria para las cosas fundamentales, no podía recordar los nombres. "Era capaz de mezclar o cambiar los nombres de las personas, pero de la persona en sí no se olvidaba nunca. Llegábamos a un pueblo en alguna gira y de repente nos convidaba a

un modesto restorán de barrio. El dueño era algún amigo que había conocido en giras anteriores hacía muchos años, y era probable que no recordara el nombre, pero de él y cómo encontrarlo no se olvidaba", dice Carlos Jorquera. La misma mala memoria tenía para recordar los chistes y aun cuando le encantaba escucharlos —incluidos los que se hacían sobre él o sus ministros durante el Gobierno de la Unidad Popular— no podía contarlos con la misma gracia porque se le olvidaban los nombres y las situaciones. "Una vez el Perro Olivares le contó un chiste sobre el curita de Aculeo. Allende muy preocupado le preguntó después: 'Augusto, he contado el chiste pero me doy cuenta de que se ríen por compromiso, ¿qué pasará, si es tan bueno?'. Cuando revisamos cómo lo contaba nos dimos cuenta de que él en vez de Aculeo decía Putaendo, y así el chiste no tenía gracia", se ríe mientras recuerda Carlos Jorquera.

"Era como un niño a veces. Me acuerdo que en las giras alojábamos en una ciudad del sur en casa de un matrimonio de apellido Marín. Cuando yo me iba a acostar era común encontrarme con sabanitas cortas o las mangas de mi camisa de dormir con hartos nudos. El se reía a gritos cuando yo lo perseguía con un palo", cuenta Carmen Lazo. Efectivamente Salvador Allende tuvo la capacidad de conservar hasta el final algo del espíritu de los niños, a los que amó y por los cuales se preocupó especialmente a lo largo de su vida. Todos concuerdan en que evidentemente el amor más grande de Allende fue el que sintió por sus hijas, a las que consentía con gran facilidad.

Podrían contarse miles de anécdotas y episodios cargados de risa, ternura o heroísmo, pero es muy difícil resumir en pocas líneas quién fue Salvador Allende. Por eso quizás las palabras de Carlos Briones sirvan para dar un pequeño esbozo: "Cariñoso, afectuoso, amigo de sus amigos, severo con ellos, valiente, con mucha entereza, perseverante, con una convicción muy arraigada de lo que él representaba en Chile y un tremendo convencimiento de que el dirigía el país", dice Briones.

Con sus defectos —que los tenía— y toda su grandeza, Salvador Allende pasó a ocupar en la historia el sitio que él siempre deseó ocupar. Y así como en vida acostumbraba llamar a sus amigos con anticipación para que no olvidaran su cumpleaños, les pedía un regalo y exigía torta moka, este año, cuando se cumplen 80 años de su nacimiento, los chilenos se preparan para decirle: ¡Feliz cumpleaños, Presidente!